

nuestro Señor obró esta maravilla el mismo día que tuvo por bien de nacer en este mundo por nuestra salud.

Con esto contaré otro milagro no ménos público y que declara el grande amor que nuestro Señor tiene á sus santos. Hubo en nuestros días una mujer que moraba en Roma, á quien Dios se había mucho comunicado; la cual entre otras asperezas con que afligia su cuerpo, una era traer ceñida una cadena de hierro á las carnes. Falleciendo ella, el confesor que conocia su sanctidad, tomó aquella cadena como cosa que él mucho estimaba. Y yendo á Roma el reverendo padre Fray Francisco Ferrero, despues de concluido el sancto concilio Tridentino, y teniendo amistad con este padre confesor, recibió dél como cosa de mucho precio un eslabon de aquella cadena. Y venido este padre á este reino, y siendo provincial de nuestra provincia, llegó á Avero, donde hay un solemne monasterio de monjas de su misma orden; y entrando á visitar la casa supo que estaba allí una religiosa noble, pero tan enferma que ya todos los físicos de allí y otros que vinieron de Porto la tenían desconfiada, y sus hábitos eran ya dados por amor de Dios conforme al estilo de aquella casa. Estaba ella paralicada de un lado, y tenia sobre la region del hígado una dureza grande como de un ladrillo, y en los labios le nascian unas escamas amarillas. Y la flaqueza era tan grande, que para hacerle la cama la sacaban en peso en una sábana, porque de otra manera era imposible. Fué el padre provincial susodicho á visitarla, y animóla á estar muy conforme con la voluntad de nuestro Señor en todo lo que della dispusiese; y junto con esto le dejó aquel eslabon de la cadena que consigo traia, diciéndole, que era de una sancta mujer. Ido él al monasterio de sus religiosos, que está allí junto, la doliente puso el hierro en el oído de aquel lado paralicado, del cual no oia, y luego oyó, y dijo á su enfermera: Hermana, yo oyo. Respondió ella: Pues ponédlo sobre la dureza del hígado. Hizolo así, y súbitamente por virtud de nuestro Señor y por el mérito de su sierva, se deshizo aquella dureza y se sintió perfectamente sana. Sonó esto por todo el convento; acuden luego todas las monjas y vístienla con hábitos prestados, porque los suyos eran ya dados, y van todas ellas al coro con la doliente, que iba por su pié, á dar gracias al Señor por este milagro, y esto con muchas lágrimas y sollozos. Fuéron luego con la nueva desto al provincial, que acabando de llegar á su monasterio comenzaba á comer, y danle cuenta de lo que pasaba. Y acabada la comida fué al monasterio, y la religiosa vino por su pié al locutorio enteramente sana, y así lo estuvo siempre. Esto supe de la boca deste padre provincial y de un honrado compañero que consigo traia; y despues del padre prior del convento de Avero, que es tambien vicario de las mismas monjas, con quien muchas veces platicué sobre este milagro. Y para mas plenaria satisfaccion escribí á la madre priora de aquel convento que me escribiese muy por extenso la historia deste milagro, y así lo hizo y me lo envió, confirmado con el testimonio de las madres mas principales de aquel monasterio, que hoy día tengo en mi poder. Donde al fin dél dicen que dan gracias á nuestro Señor por haberles dejado ver en sus días esta tan grande maravilla. Servirá este milagro, como dije, para que se vea cuánto nuestro Señor ama y honra á sus fieles siervos, que tanta virtud y poder da á las cosas que tocan en sus cuerpos, pues á cabo de tanto tiempo y de tanta distancia de lugares

quiso que aquel pedazuelo de hierro tuviese poder sobre todas las medicinas y leyes de naturaleza, dando súbita salud á quien todo el poder de la naturaleza y de la medicina la negaba.

Cerca desta sobredicha villa de Avero está la ciudad de Porto, donde habrá seis años poco mas ó ménos, que acaesció uno de los mas celebrados y festejados milagros que en este reino, y aun creo que en esta edad, han acaescido. Y fué así, que en casa de dos mujeres muy virtuosas había una niña ciega, á la cual ningunas medicinas habían aprovechado. Acaesció pues que una moza trajo á esta casa una tohalla, con que estaba ceñido el crucifijo del monasterio de Sancto Domingo de aquella ciudad, para lavarse. Entónces una de las dos hermanas, tomando la tohalla en las manos, dijo estas palabras: Señor Jesus, pues vuestras llagas están abiertas para todo el mundo, tened por bien abrir los ojos desta niña ciega. Dicho esto con grande fe y devocion, puso la tohalla sobre los ojos de la niña, y súbitamente por virtud de aquellas preciosas llagas se le abrieron los ojos y recibió la vista de que carecia. Quisieran las buenas hermanas encubrir esto, mas no pudo ser, porque la ceguedad era muy notoria á la vecindad, y así tambien la vista. Supo esto el Ordinario, y para averiguar el caso tomó gran número de testigos, por cuyo testimonio constó claramente la verdad. Entónces, por comun consentimiento del estado eclesiástico y seglar, se hizo una procesion general y muy solemne, repicándose las campanas de todas las iglesias, llevando la niña en los brazos con una guirnalda en la cabeza, á vista de toda la ciudad, para que todos en comun diesen gracias á nuestro Señor que así acude á las necesidades de todos aquellos que con fe y devocion le piden socorro. Otros milagros despues deste se hicieron con la misma tohalla; mas por no ser tan públicos como este no los escribo.

A este milagro añadiré otro muy notorio. El doctor Guevara, testigo muy abonado, curaba una monja del monasterio de Celas, donde hay gran número de religiosas Bernardas, la cual había tres años que tenia una pierna seca, de que no se servía. Llegó el día de la fiesta de la reina sancta de Portugal, de quien rezamos en este reino, cuya vida sanctísima y milagros andan impresos. Pues esta religiosa por tener especial devocion á esta sancta reina, determinó levantarse á sus maitines, adonde la llevaron en una silla, porque de otra manera no podia andar. Estando pues en los maitines se halló del todo sana, dando gracias á nuestro Señor y á aquella sancta reina, por cuyos méritos había sido curada. Del cual milagro son testigos todas las religiosas deste monasterio.

Y ya que hice mencion desta reina no callaré una cosa digna de ser sabida que se escribe en su vida. Tenia ella un muy virtuoso y fiel paje, por cuya mano hacia sus limosnas. Mas otro paje de perversa condicion, malsinó á este virtuoso mancebo con el Rey de tal manera y de tales cosas, que el Rey determinó matarlo. Para lo cual mandó á un calero que cuando en tal día y tal hora enviase un paje á su calera le arrojase en medio del fuego. Envió pues este paje el día y hora que estaba ordenado; mas teniendo él por devocion entrar en las iglesias cuando oia la campanilla de levantar la Hostia, y estar allí hasta el consumir, detúvose tanto en algunas iglesias (ordenándolo así Dios) que pasó la hora señalada. Entónces el Rey (deseando saber el suceso del caso) envió el otro paje, que era el malsin, á preguntar al calero si estaba

ya hecho lo que le mandara. Mas el calero, creyendo que aquel era el paje que el Rey le había dicho, lo tomó en brazos y arrojólo en la calera. Y desta manera aquel soberano Juez volvió por la causa del inocente, y dió al malo su merecido, ordenando que cayese sobre su cabeza la pena que él andaba tramando para el otro, como ordinariamente lo suele él hacer. Con este acaescimiento el Rey quedó desengañado, y por la pena deste suceso tan inopinado conoció la inocencia del un criado y la culpa del otro. Esto no he contado por milagro, sino por historia digna de ser sabida.

## §. XIV.

De otros milagros mas recientes.

Y porque los milagros recientes que tienen presentes los testigos, suelen mover mas los corazones, pido al cristiano lector no se canse de que añadamos otros tres á los que están referidos. Y por ser ellos tan nuevos, me fué necesario pedir licencia á las partes á quien tocaban, para escribirlos. Y primeramente referiré uno tan grande, tan cierto y tan notorio, que verdaderamente si yo fuera gentil, bastara para convertirme á la fe, no ménos que bastó para ello la cura de la lepra de Naaman por el profeta Eliseo. En esta ciudad de Lisboa está una señora por nombre Doña Catalina de Tayde, señora de la casa de Villaverde, de cuyas virtudes no se puede aquí decir nada, porque los sanctos no quieren que alabemos á los vivos, sino á los muertos; porque entónces el alabanza no daña al que alaba, ni al que es alabado. Esta señora, siendo de edad de trece ó catorce años, tuvo una gran enfermedad de accidentes tan recios, que la ponian en el hilo de la muerte; y llegó tan al cabo, que le tenían ya aparejada la mortaja. En este tiempo una ama que la había criado, y della esperaba el remedio de su vida y de sus hijos, fué á una casa de nuestra Señora, y con grandes gemidos y lágrimas le pedia la vida: por las cuales es de creer que nuestra Señora se la concedió; y así poco á poco volvió sobre sí, pasados tres meses y medio de la enfermedad, mas quedó paralicada de todo el lado izquierdo, y con un tan gran tremor en toda esta parte, que si alguno llegaba á tenelle el brazo, tambien le temblaba á él. Duró esto no ménos que nueve meses, en los cuales todos los mejores médicos desta ciudad, usando de todos los remedios posibles, no le pudieron dar salud. Mas ella todavía tenia confianza en nuestra Señora, que la sanó de tan desconfiada enfermedad, que le había de dar entera salud, diciendo que nuestra Señora no hacia las mercedes partidas. Pasados estos nueve meses, llevóla á un monasterio del Cármen, que está en la misma villa suya, cuya iglesia se llama nuestra Señora de las Reliquias, y es casa de mucha devocion y concurso de romeros. Puesta ella ante la imagen de nuestra Señora, oyó á una vieja que estaba á sus espaldas, pedir con grande ansia y devocion á nuestra Señora, salud para un hijo que tenia enfermo. Entónces ella tomó de aquí ocasion para hacer oracion á nuestra Señora, diciendo: Señora, si yo tuviese la fe desta buena vieja, vos me dariades salud. Y diciendo estas y otras palabras semejantes con toda devocion y confianza, súbitamente por virtud de aquella Señora, que es madre de misericordia, se sintió totalmente sana. De lo cual quedó tan espantada, y como atónita, que no sabía parte de sí. Finalmente ella se levantó luego, y por su pié se fué á la condesa su madre, que estaba en la misma iglesia, la

cual tambien quedó atónita desta maravilla. Y toda la gente que estaba en la iglesia (que era mucha, porque era domingo) comenzó á dar voces: Milagro, milagro. Y viendo esto los padres del monasterio comenzaron á dar gracias á nuestro Señor, y á cantar *Tu Deum laudamus*. Y el día siguiente los clérigos de la villa hicieron una solemne procesion por esta causa, en la cual toda anduvo esta señora á pié, siendo verdad que en todos los nueve meses ya dichos, no podia dar un paso sino con una muleta en un lado, y teniéndola de un brazo en el otro. Mas ella quedó tan sana que decia despues, que la salud que daba nuestra Señora era de piedra y cal. De lo cual es argumento, que agora está cada día en la iglesia desde la mañana hasta las diez ó las once, de rodillas, sin asentarse ni cansarse. Y en memoria deste beneficio hace esta señora cada año, el mismo día de la salud, una solemne fiesta á nuestra Señora, y ese día guardan todos sus criados y familia, como día de fiesta, en memoria deste milagro. Deste milagro son testigos todos los moradores de la villa, y la familia desta señora, y los padres que moran en aquel monasterio. Y á la fama dél acudió luego mucha gente de los lugares comarcanos, para ver esta obra que la Virgen nuestra Señora había hecho, compadeciéndose de tan larga enfermedad. En lo cual veremos, cómo no solamente hace nuestro Señor milagros para confirmacion de la fe, sino tambien para remedio de algunas extremas necesidades ó enfermedades, que carecen de remedios humanos, cual fué esta, con las cuatro que ántes della referimos. Mayormente cuando la inocencia de la vida, y la pureza virginal se junta con la enfermedad, como en estas personas acaesció, por ser esta virtud tan agradable á la Virgen de las vírgines, y al Cordero que ellas siguen por do quiera que va.

Otro milagro de diferente materia que agora contaré, aunque fué y es muy notorio, todavía estuve en duda si lo escribiría. Mas acordándome que es semejante al que hizo Sant Benito restaurando un vaso de barro, que en manos de su ama se había quebrado, y á otro semejante que se cuenta en la vida de Sant Antonino, y á otro que cuenta Sant Gregorio (g) en sus Diálogos, de un sancto varon que juntó los pedazos de una lámpara, y así la volvió á la entereza que tenia, me pareció que debía contar este, por parecerse con aquellos, y las personas á quien esto acaesció hoy día son vivas. Quería un caballero morador en la villa de Setúbal ir á pescar, y mandó á una criada le trajese una caña de pescar que él tenia muy buena. Y esta criada queriendo alimpiar la caña del polvo, puso la punta mas delgada della en tierra, y cargó tanto la mano que saltaron dos pedazos, que cada uno sería del tamaño de un dedo de la mano. Mas la señora que presente estaba, temiendo el enojo del marido, volvióse á nuestra Señora, y á una ama suya defuncta, que la había criado, á encomendarse (de cuya sanctidad y milagros, se podia escribir mucho, porque yo la traté familiarmente; la cual hervia tanto en amor de Dios, siendo ya mujer de edad, que algunas veces decia: Toda la agua de aquel mar no podrá apagar el fuego que me arde en este corazon). Hecha pues esta oracion, el caballero que estaba en la portada de su casa, pidió la caña, y llevándosela, en el camino se enteró, de la misma manera que estaba, y con el mismo prendedero de un torzal blanco, donde se traba el sedal. Y acudiendo afuera

(g) Sancti Nonnosi. 1. Dialog. cap. 7.



un hijico desta señora, y viendo la caña entera, volvió corriendo á su madre, diciendo: Señora, la caña está sana, la caña está sana. Ella entónces le dió un bofetón, diciendo: Toma esto, rapacillo, porque no mintais. Acudió luego una criada, y viendo entera la caña, corrió á su señora con gran espanto, diciendo lo mismo. Respondió la señora: ¿Tambien mentís vos como aquel rapacillo? Si yo tengo aquí los pedazos, ¿cómo puede estar la caña sana? Salió luego una tía desta señora á ver lo mismo, y viendo que lo dicho era verdad, volvió espantada y como fuera de sí, afirmando la verdad del caso. Supo todo esto aquel caballero, y maravillado grandemente de lo que habia pasado, mandó guardar la caña, y no se atrevió mas á usar della, como de cosa sagrada, y en que Dios habia puesto su mano. Y los pedazos de la caña tuvo yo algunos años en mi poder para memoria del milagro. Y aunque la cosa sea digna de admiracion, pero no será increíble á quien conociere la virtud y mansedumbre desta señora, y la sanctidad de la ama muy familiar. Pues por este ejemplo entenderémos cuán piadoso padre es nuestro Señor, el cual con tanta misericordia acude á sus fieles siervos cuando le llaman, no solo en las cosas grandes, sino tambien en las muy pequeñas, cual esta fué. Lo cual confirmaré con un ejemplo de Sant Bonifacio, que refiere Sant Gregorio en el primero de sus diálogos (h). Este sancto siendo aun niño, y estando á la puerta de su casa, vió venir una raposa, la cual arrebató una gallina, y llevósela (como otras veces lo solia hacer). Entónces el sancto niño á gran prisa entró en una iglesia, y puesto en oracion dijo: ¿Pláceos á vos, Señor, que estas gallinas que mi madre cria para sustentacion de su pobreza, las coma una raposa? Y levantándose de la oracion y vuelto á su casa, la raposa volvió, y restituyó la gallina que en la boca traia, y ella cayó muerta á los piés del niño, pagando con la muerte la pena de su culpa. Pues ¿quién no ve aquí la suavidad, y benignidad, y regalo de nuestro Señor para con las ánimas puras y simples? ¿Quién no se espanta viendo cómo aquel Señor de la majestad, de quien tiemblan los poderes del cielo, responde á la voz de un niño, y acude al remedio de una cosa tan pequeña? Maravillase con mucha razon Pedro Diácono de Sant Gregorio, de ver inclinada aquella soberana Majestad á una menudencia como esta; y responde Sant Gregorio diciendo haber sido esta especial dispensacion de Dios, el cual con esto quiere declarar á sus fieles siervos cuán propicio le hallarán para las cosas grandes, pues así les acude aun en las muy pequeñas.

No me canso en referir cosas que declaren este amor tan regalado de nuestro Señor para con sus amigos. Y así daré fin á esta materia, contando una cosa que declara la ternura deste amor, la cual contaré de muy buena voluntad, porque me pasó por las manos, y es tan reciente, que sucedió el mes de mayo de mil quinientos y ochenta y dos. Estaba en esta ciudad de Lisboa una doncella noble, pero muy pobre, la cual entre otras virtudes era muy callada, muy recogida, devota, humilde, mansa, y obediente á sus padres, y así muy querida dellos. Cayó en una enfermedad, la cual procediendo adelante, vino á parar en ética, y duró toda la enfermedad nueve meses, llevándola con grande paciencia y hacimiento de gracias. Y cuando ella estaba sola, oíanle algunas veces hablar palabras muy devotas

(h) Cap. 9.

y amorosas á un crucifijo que allí tenia, y muchas veces le oían decir: Señor mio, ¿cuándo me sacaréis desta cárcel? ¿Cuándo iré y pareceré delante de vos, y gozaré de vuestra presencia y hermosura? Estas y otras semejantes palabras repetia muchas veces con grande amor y devocion. Por lo cual aquel Señor (que es amador de la pureza virginal, y de las ánimas humildes y mansas que le llaman en el tiempo de la tribulacion) le acudió y consoló, certificándola que le cumpliria este deseo el dia de su gloriosa Ascension, para subirla este dia consigo al cielo. La manera en que esto le fué certificado, no se sabe, porque ella á nadie lo descubrió. Mas quince dias ántes desta fiesta, estando su madre llorando amargamente por ver la hija que tanto amaba, desahuciada de los médicos, le dijo ella: Madre, no lloreis, guardad esas lágrimas para el dia de la Ascension. Llegó la víspera deste dia, en el cual ninguna diferencia habia de la disposicion que este dia tenia á la de los dias pasados. Entónces una huésped que estaba en casa muy familiar amiga suya, díjole riendo: ¡Oh! la mentirosa que nos tenia engañados, diciendo que habia de acabar el dia de la Ascension. A esto la doliente ninguna cosa respondió, aunque estaba certificada de lo dicho. Y luego el dia siguiente de la fiesta, envió un recado á su confesor, que muchas veces la visitaba, y consolaba, y socorria con algunas caridades, mandándole decir que se quedase con Dios, porque ella iba á gozar de su Esposo y Señor. Y luego llamó á la madre, y quitóse unas reliquias que tenia en la cabeza, y dióselas, y un anillo que le habia puesto una amiga suya en el dedo, y mandó que se lo volviese. Y mandó que á su ama que la habia criado, le diesen una camisa nueva que ella tenia, y le pagasen siete tostones que le habia prestado, vendiendo para esto un sayo suyo, y que de lo demas hiciesen bien por su alma. Acabado esto, y llegada la hora del mediodía, tomó el crucifijo en una mano, y la candela de morir en la otra, y entró en paso de muerte. Como esto vió la madre, díjole: Hija, rogad á Dios que me dé fuerza para pasar este trago. Dijo ella con mucha fe, que si daria. Y diciendo esto, y hablando palabras devotas con el crucifijo dió su espíritu á Dios, y acabando de espirar dió el reloj la una, que fué la hora en que nuestro Salvador subió al cielo. En lo cual se verá, como ya dijimos, cuán tierno y cuán regalado es el amor que nuestro Señor tiene á las ánimas puras y humildes; pues no se contentó con llevar esta ánima á su gloria, sino quiso hacer este regalo, que fué revelar el dia de su acabamiento, y que este fuese el mismo dia y la misma hora que él subió al cielo.

No es mucho de maravillarse que nuestro Señor ame á sus fieles siervos y los trate como á tales; mas lo que pone admiracion, es esta manera de amor tierno y regalado, semejante al que los esposos tienen á sus esposas, y los padres á los hijos chiquitos que traen en sus brazos, regalándolos y besándolos. Lo cual hace muchas veces este Señor, cuyos deleites son conversar con los hijos de los hombres. Y esta es una de las cosas que mas poderosamente roba sus corazones, y les hace desear padecer mil muertes por un Señor que tan dulce, tan suave, y tan amoroso se les ha mostrado, como lo podemos ver en este ejemplo. Mas la madre, tomando por argumento de la salvacion de su hija el cumplimento de la profecía susodicha, de tal manera se consoló, que toda se ocupaba en dar gracias á nuestro Señor, que tal hija

le habia dado, y tuvo corazon despues de amortajada, para verla y rociarla con agua bendita.

## §. XV.

Milagros en la cura de los endemoniados.

Tambien se cuenta con mucha razon entre los milagros que confirman la verdad de nuestra fe, la expulsion de los demonios de los cuerpos humanos. Y ser verdad que haya endemoniados, testifican no solo todas las escripturas que están llenas desto, mas tambien la experiencia de muchos que los han visto. Y no proceder esto de las influencias y constelaciones del cielo, está claro; porque el cielo no puede hacer cosas artificiales, cuales son las que se ven en los endemoniados. Porque siendo personas ignorantes, hablan en latin y tocan las campanas, y dan señal al tiempo de la salida, y dicen á muchos de los que presentes están lo que ellos hicieron en secreto, y otras cosas semejantes, á las cuales es imposible entenderse las influencias del cielo. Pues estos demonios atormentan fieramente los cuerpos humanos: como parece en la hija de la Cananea (i), que era malamente atormentada deste espíritu maligno; y en aquel mocho lunático (k), que muchas veces caia en el fuego, y en otros infinitos. Y con ser este enemigo tan poderoso y perverso, y desear tanto maltratar las criaturas de Dios (por vengarse en esto del mismo Dios que lo echó del cielo), todavia es poderosamente expelido de los cuerpos mediante las oraciones de la católica Iglesia, siendo conjurado en nombre de la sanctísima Trinidad, y de Cristo nuestro Salvador. Y por los misterios de su sacratísima pasion, resurreccion, y ascension, y por los méritos de la Virgen nuestra Señora, por cuya virtud, mal de su grado, sale del cuerpo afligido, y da señal de su salida, y deja de ahí adelante libre la criatura de Dios. Y para mayor confirmacion desta verdad referiré aquí á este propósito dos cosas muy notables, muy públicas y muy dignas de fe.

La primera me contó el muy ilustre y reverendísimo señor Don Jorge de Tayde, obispo que fué de Viseo, y agora capellan mayor del rey Don Enrique, nuestro Señor. Díjome él pues que en esa ciudad de Viseo habia una mujer casada con un hombre del pueblo, que era malamente atormentada del demonio: la cual, para remedio deste tormento, confesaba y comulgaba algunas veces, y iba en romería á muchas casas de devocion. Pasarseian en esto mas de dos años; pero el señor Obispo no daba oídos á este negocio, por no creer que esto fuese cosa del demonio, y así estuvo incrédulo mucho tiempo, hasta que finalmente fuéron tantos los indicios de la verdad, que lo hubo de creer, y se determinó de pelear con aquella bestia fiera con las armas de la fe y exorcismos de la Iglesia. Y para esto ayunó los tres dias que se mandan ayunar para este efecto, y decia cada dia misa con toda la devocion que le era posible, comenzándola á las seis de la mañana; y acabada la misa, así como estaba revestido, batallaba hasta las once del dia con aquel mal espíritu. Duró esto cinco dias, sin que el demonio obedeciese á los exorcismos, en los cuales algunas palabras se entremetian, que el demonio sentia mucho, y entónces hacia grandes bascas, y atormentaba tan fuertemente á la pobre mujer, que á veces se le hinchaba tanto la garganta, que venia á estar quasi igual con la punta de la barba. Y las palabras con que el demonio mas se em-

(i) Math. 15. (k) Idem. 17.

bravecia, eran estas: Malaventurado de tí, que para siempre no has de ver á Dios. Otras veces le decia en latin: *Dereliquisti Dominum Deum tuum, et oblitus es Creatoris tui*. Que quiere decir: Desamparaste á tu Señor Dios, y olvidáste de Dios, tu Criador. Y cada vez que se le decia alguna palabra destas, hacia aquel espíritu tan grandes bascas, y atormentaba tanto la pobre mujer, que era menester que su marido que presente estaba, y otros tuviesen mano en ella. En esta sazón oyó este señor que los que asistian á estos exorcismos ponian dubda si esta mujer habia sido bautizada. Y hecha inquisicion sobre ello, hallóse que al tiempo de su bautismo hubo un gran alboroto en la iglesia, por haberse allí notificado al cura de parte del prelado, que desistiese de su oficio; por lo cual no acabó lo que habia comenzado. Habida pues esta informacion, este señor se determinó de la bautizar; y para esto mandáronla salir fuera de la iglesia, para hacer los exorcismos acostumbrados: en lo cual hubo gran dificultad por la resistencia del demonio, y no ménos la hubo acabados los exorcismos á la entrada. Llegada pues á la pila del bautismo, quitada la toca para bautizarla, pronunciando este señor estas palabras: *Ego te baptizo, in nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti*, en ese mismo punto la buena mujer levantó las manos, diciendo: Bendito y alabado sea el nombre de Dios, que ya me ha dejado. Con lo cual los que presentes estaban, con toda devocion alabaron al Señor, viendo aquella súbita y maravillosa virtud del sancto bautismo. Y para mas certificarse este señor desta maravilla, tornóle á decir aquellas palabras susodichas, con que el demonio hacia tantos visajes, y ningun sentimiento hizo la mujer. Entónces él acabándola de bautizar, la confirmó, y allí mismo la hizo recibir de nuevo con el marido, que presente estaba (porque ántes del bautismo no habia sido sacramento), su matrimonio. Esto acaesció en la ciudad de Viseo, en la capilla de Sancta Marta, pocos años há. Pues ¿quién no ve cuán grande testimonio sea este de la verdad de nuestra fe, y de la virtud del sancto bautismo, y de la pasion y nombre de Cristo, con cuyo poder es vencido el poder de los infiernos? Deste milagro es testigo no solo el señor obispo susodicho, que es hoy dia vivo, sino todos los que presentes se hallaron. Ni es para callarse otra cosa que en esta hora sucedió, ántes que la mujer fuese libre del demonio. Porque diciendo este señor misa, el que le servia dióle al principio della agua por vino, porque el vino era blanco, y así hubo lugar este yerro; mas al tiempo del consumir entendió el defecto, y luego echó vino en el cáliz, y lo consagró y recibió, sin que persona de la iglesia entendiese lo que pasaba. Mas así como él consumió el agua por vino, la mujer endemoniada que estaba al cabo de la iglesia, dió una grande risada, y nadie entendió la causa della, sino quien decia la misa; porque conoció que el demonio festejaba mucho aquel defecto.

A este propósito referiré otra cosa muy semejante, que debajo de juramento contó á mí y á otras personas el doctor Barbosa, médico del rey Don Enrique, nuestro Señor. Y fué así: que él tenia una esclavilla de edad de nueve años, traída del Brasil, que es tierra de gente infiel, y muy bárbara. Mas la esclavilla era muy servicial, y de muy buenas manos, la cual era fieramente atormentada del demonio. Mas su señor, creyendo que esto podia ser enfermedad de epilepsia, ó gota coral, usó de



cuantos remedios la medicina enseña para estos males, sin seguirse dellos provecho alguno. Y desconfiado ya de los remedios, procuró saber de los que esta esclavilla trajeron de su tierra, si habia sido bautizada. Y entendiendo que no lo era, ordenóle su bautismo con su torta de pan y candelá, y con todo lo demas que para esto se requeria, y así fué bautizada. Y dende aquel dia hasta lo postrero de su vida, ninguna cosa hubo en ella de las que ántes padecia. Aquí no há lugar fingimiento, porque en tan tierna edad no se pueden sospechar fingimientos, y mas tan costosos y de tan largo tiempo. Pues aquí tenemos otro milagro, y otro no ménos ilustre testimonio de la virtud del santo bautismo, y por consiguiente de la verdad de nuestra fe.

A este testimonio de nuestra sancta fe y religion, aña de otra cosa, y es que ántes de la pasion de nuestro Salvador, los demonios hablaban por boca de los ídolos, y respondian á los que les preguntaban; y con esto traian engañado el mundo, haciéndole creer que el ídolo era Dios vivo, pues hablaba y adivinaba. Mas despues de la gloriosa victoria y triunfo de la Cruz (con la cual fuéron quebrantadas las fuerzas desta antigua serpiente), así como su señorío se fué apocando, así estas respuestas fuéron cesando: lo cual no solo testifican escritores cristianos, sino tambien gentiles. Porque Plutarco, gravísimo autor, y maestro que fué del emperador Trajano, escribió un libro en el cual trata este argumento, que es, por qué habian cesado en sus tiempos las respuestas de los dioses, que ellos solian dar. El veia en el mundo este efecto, mas no sabia la verdadera causa, que era la victoria de Cristo contra el demonio.

Y pues habemos llegado á este paso, no dejaré de referir aquí una singular obra de Dios, y una maravillosa conversion de un sacerdote de Apolo: la cual refiere Eusebio en la Historia Ecclesiástica, tratando de las virtudes y milagros de Gregorio, obispo de Ponto. Dice pues él, que caminando una vez este santo varon por los montes Alpes en tiempo de invierno, y llegando á la cumbre, siendo ya cerca de la noche, halló todo el monte lleno de nieve, y ninguna casa y lugar do se abrigase. Habia solamente cerca un templo de Apolo, y por aquella noche metióse dentro dél, y á la mañana fué su camino. El sacerdote de aquel templo tenia costumbre preguntar allí á Apolo, y recibir sus respuestas, y referirlas á los que le consultaban, y con esto ganaba su vida. Despues que allí estuvo Gregorio, venia el sacerdote, segun acostumbraba, y proponia sus preguntas y demandaba respuestas, y nada se le respondia; ofreciale mas sacrificios, y ninguna cosa aprovechaba; acrescentaba ofrendas, y todavía perseveraba mudo. Y como el sacerdote se congojase espantado del nuevo callar de su Dios, aparecióle el demonio en sueños la noche siguiente, y díjole: ¿Para qué me llamas allí donde ya no puedo venir? Y preguntado por la causa, dijo: que despues que allí entró Gregorio habia sido desterrado. Pidióle el sacerdote remedio, y el demonio respondió que por ninguna via podia mas entrar en el templo, si Gregorio no le alzaba el destierro. Oido esto, el sacerdote se puso luego en camino, y siguió á Gregorio fatigado de pensamientos, hasta que le alcanzó. Al cual descubrió lo que pasaba, pidiéndole remedio en recompensa del hospedaje y abrigo que en su templo halló en la necesidad del frio; porque su dios se querellaba, y él perdía su mantenimiento: así que le rogaba restituyese á ambos en su primer estado. El sanc-

to varon sin detenimiento escribió una carta desta manera: Gregorio á Apolo. Yo te permito volver á tu lugar, y hacer lo que solias. Recibió el sacerdote esta carta, y llevóla al templo, y en poniéndola en la mano del ídolo, luego el demonio entró en él, y respondió á lo que le fué preguntado. Entónces el sacerdote volviendo en sí, dijo: Si Gregorio mandó, y dios huyó, y si Gregorio mandó, y Dios volvió, ¿cómo no es mejor Gregorio que el dios que obedece mandamiento de Gregorio? Dicho esto, cerró las puertas del templo, y volvió en seguimiento de Gregorio, llevando consigo la carta que le habia dado, y descubrióle por órden lo que habia pasado; y derribándose á sus piés, le rogó que por sus manos le ofreciese al verdadero Dios, por cuya virtud los dioses de las gentes obedescen á sus siervos. Y como porfiase y perseverase en su demanda, comenzóle á enseñar la católica doctrina. Y viviendo por algun tiempo castísima y abstinentísimamente, dejados no solos los errores paganos, mas todos los ejercicios y los bienes mundanales, fué bautizado. Y tanto creció en virtud y merecimiento de vida, que fué sucesor de Gregorio en su mismo obispado. Y no solamente se señaló en obras de excelentes virtudes, mas asimismo en doctrina y en declaracion de las divinas Escrituras. Hasta aquí son palabras de Eusebio: las cuales quise referir aquí, no solo para el propósito de la victoria de Cristo contra los demonios, sino tambien para que se vean las maravillas de las obras de Dios, y los medios de que usa para salvar las ánimas, y hacer de las piedras hijos de Abraham (l).

## CAPITULO XXX.

Del mayor de todos los milagros, que fué la conversion del mundo.

Agora será razon tratar del mayor de todos los milagros, que fué la conversion del mundo: el cual hace fe, y da verdadero testimonio de los otros milagros que para este efecto se hicieron. Bien veo cuánto esta materia sobrepaja toda la facultad de las palabras humanas, y por esto pido yo aquí favor á aquel Señor que hace eloquentes las lenguas de los niños (a), y habla cuando él es servido por boca de las bestias (b), quiera él por esta hablar alguna pequeña parte desta tan grande maravilla, la cual suspende y arrebatá con una gran suavidad los corazones de los que la saben estimar: como lo significó el profeta Esaías, cuando hablando con la espiritual Hierusalem, que es la Iglesia cristiana, dice (c): Levanta los ojos y mira al derredor de tí. Todos estos que ves, se ayuntaron y vinieron á tí. Tus hijos vendrán de lejos, y tus hijas se levantarán de tus lados. Entónces verás, y alegrarte has, y maravillarse há, y ensancharse ha tu corazon, cuando vieres convertida la muchedumbre de las islas de la mar, y la fortaleza de las gentes (que son las naciones principales del mundo) viniere á tí. Este singular fructo (que es admiracion de las obras de Dios) junto con la confirmacion y acrescentamiento de la fe, se sigue desta consideracion.

Pues para entender la grandeza desta obra, conviene que ponderemos no solo la substancia della, sino tambien todas las circunstancias, conviene saber, lo que se predicó, y á qué género de personas se predicó, y qué personas lo predicaron, y cuáles eran los que resistian á esta predicacion, y de qué manera resistian, y final-

(l) Matth. 5. (a) Sap. 10. (b) Num. 22. (c) Esai. 60.

mente qué fructo se siguió desta predicacion. Estas seis circunstancias declararémos agora por su órden.

I. Cuanto á lo primero, como en el hombre haya dos principales potencias, que son entendimiento y voluntad, á ambas ellas proponian los predicadores las cosas mas arduas y dificultosas que se les podian proponer. Porque al entendimiento proponian las cosas siguientes: conviene saber, la resurreccion de los muertos, en la cual obligaban á creer que el cuerpo humano despues de hecho polvo en la tierra, ó quemado y vuelto en ceniza, ó comido de peces, ó aves, ó de otros hombres, habia de resuscitar el dia del juicio, no otro cuerpo fabricado de nuevo, sino el mismo que fué.

Predicaban tambien el misterio de la sanctísima Trinidad, en el cual (segun la católica doctrina) se ha de creer que el Padre es Dios, y el Hijo es Dios, y el Espíritu Sancto es Dios; mas que no son tres Dioses, sino un solo Dios. Asimismo predicaban el misterio del sanctísimo sacramento del Altar, confesando que por virtud de las palabras de la consagracion, la substancia del pan y del vino se convertian real y verdaderamente en el cuerpo y sangre de Cristo; y que en cada una destas partes estaba toda la divinidad y humanidad deste mismo Señor.

Cosas eran estas arduas y dificultosas de creer; pero muy mas lo era creer y confesar la divinidad de Cristo, por las dificultades que á la razon humana se ofrecian para esto. Porque primeramente, como el misterio de la encarnacion y concepcion deste Señor por virtud del Espíritu Sancto estaba encubierto al mundo, el Salvador, como dice Sant Lucas (d), era tenido por hijo de Josef, por saber que era casado con la Virgen. Pues predicar que un hombre tenido generalmente por hijo de un carpintero (que con una azuela y una sierra ganaba de comer en su tienda) era verdadero Dios, que habia criado el sol, y la luna, y las estrellas, y todo este mundo, era cosa de escarnio para los gentiles. Y así Sapor, rey de Persia, que adoraba al sol, viendo ante sí un caballero cristiano, díjole por escarnio: ¿Pues todavía perseveras en adorar al hijo del carpintero? A esta humildad se juntaba la muerte de cruz. Y no habemos de mirar la cruz con los ojos que agora la miramos y reverenciamos, sino con los que entónces el mundo la miraba y aborrescía. Porque este género de muerte tenian por mas ignominioso que agora es la horca; porque el tormento del crucificado era sin comparacion mayor que el del ahorcado, porque este se acaba en un soplo, y el otro duraba mucho, y con intensísimos dolores, por ser las heridas en los lugares mas llenos de nervios, que son los instrumentos del sentir, y cargando el peso del cuerpo para abajo, estaba siempre creciendo mas y mas el dolor. Y allende desto crucificaban al paciente desnudo, que es cosa de gran vergüenza y desabrigo: lo que no hacen con los que ahorcan. Pues segun esto, predicar al mundo que un hombre crucificado en compañía de ladrones era Dios, era tanto y mas como decir que un hombre ahorcado era Dios, criador de los cielos, y de la tierra, y de la mar. Y que dende la cruz movia los cielos, y sustentaba y gobernaba toda esta máquina del mundo, era para la opinion de los gentiles, como dice el Apóstol (e), pura locura. Estas eran las cosas que los predicadores del Evangelio proponian al entendimiento humano para que las abrazase y creyese.

(d) Luc. 5. (e) 1. Cor. 1.

Pues no eran ménos arduas y dificultosas para obrar las que proponian á la voluntad, y á los apetitos de nuestra carne; porque los mismos predicadores enseñaban que la vida cristiana era una perpetua cruz y mortificacion de la carne con todos sus aliados, que son todos sus gustos y apetitos. Y así el Señor, como refiere Sant Marcos (f), llamando las compañías que le seguian junto con sus discípulos, dijo en comun á todos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niegue á sí mismo, y tome su cruz, y sígame. Negar á sí mismo es contradecir á todos los apetitos y deseos desordenados de su carne, y tratarse en esta parte, no como amigo, sino como á extraño; y tomar su cruz es aparejarse para los trabajos que se han de pasar en la conquista del reino del cielo, y en la vereda estrecha de la virtud; y seguir á Cristo es ir por el camino que él fué, que fué camino de humildad, de pobreza, de paciencia, de obediencia y de cruz.

Pues las mismas liciones hallarémus en Sant Pablo (g): el cual dice que los que son de Cristo crucificaron su carne con todos sus vicios y concupiscencias. Y mortificada la carne (h), quiere que vivamos segun las leyes del espíritu, que son contrarias á la carne (i): para lo cual es necesario perpetuo pleito y continua guerra con todos los apetitos y sentidos della.

Y en la Epístola á los de Corinto (k) declara mas en particular los fueros y leyes desta profesion, diciendo: Hermanos, en todas las cosas nos hayamos como ministros de Dios, en mucha paciencia, en tribulaciones, en necesidades, en angustias, en azotes, en cárceles, en persecuciones, en trabajos, en vigias, en ayunos, en castidad, en ciencia, en longanimidad, en suavidad en el Espíritu Sancto, en caridad no fingida, en tratar verdad, en virtud de Dios; armados con armas de justicia á la diestra y á la siniestra, caminando por honras y por deshonoras, por infamia y por buena fama, tenidos por engañadores, siendo fieles y verdaderos. Hasta aquí son palabras del Apóstol. Pues ¿cuántas maneras de asperezas se contienen en estas palabras? Esta es pues la profesion del cristiano, y esta la filosofia y doctrina que el Apóstol proponia á los fieles, llena de tantas maneras de trabajos.

II. Agora veamos cuáles eran los hombres á quien esta ley tan espiritual y tan enemiga de la carne se predicaba. Esto declara el mismo Apóstol en el principio de la Epístola á los Romanos (l), y en la Epístola á los de Efeso (m); y notando sus vicios y pecados, dice que como tenian perdida la esperanza de la otra vida, y no pensaban que habia mas que nacer y morir, se entregaron á todo género de torpezas, y deshonestidades, y cobdicias, y en esto empleaban toda la vida; y la causa de todos estos males era la idolatría. Porque como la verdadera religion y temor de Dios sea freno de todos los vicios, estando esta tan pervertida, que en lugar del verdadero Dios adoraban piedras, y palos, y dragones, y crocodillos, y búeyes, y cabrones, y serpientes, y (lo que peor es) dioses carnales y adúlteros, ¿cómo podrian dejar de ser adúlteros los que tales dioses adoraban, pues en esto los imitaban? Estas pues eran las costumbres de los hombres á quien la sanctidad y pureza del Evangelio se predicaba; estas las tinieblas, y la ceguedad, y el estado miserable en que el mundo estaba tantos mil años habia (n). Porque aquel fuerte armado y cruel tiranno que

(f) Marc. 8. (g) Gal. 5. (h) Rom. 8. (i) Colos. 3.

(k) 2. Cor. 6. (l) Rom. 1. (m) Ephes. 2. (n) Luc. 11.